

Recordando a Alfredo Seiferheld a los 70

Mañana, domingo 26 de julio, El periodista e historiador Alfredo Seiferheld hubiera cumplido 70 juveniles años y me pareció un acto de justicia poética recordarlo en un perfil de su figura, subrayando la magnífica contribución a la historiografía, no tanto de sus libros de historia, que eran sólidos pero un tanto de tesis, con algunas conclusiones precediendo incluso el estudio; sino de su largo, sistemático, detallado, paciente y ordenado trabajo de hacerle hablar a los protagonistas ágrafos de nuestra historia de la primera mitad del siglo 20 e incluso a algunos con escritos en su haber.

Pero, antes, debemos conocer al homenajeado. Cuando me uní a la plantilla de abc Color en 1981 en el accesorio Suplemente Cultural, Alfredo ya era una figura consagrada en la Redacción. Como editorialista, tenía un escritorio cercano al del Director de cuyo despacho salía con frecuencia en una muestra de su peso específico periodístico. No era dicharachero ni tenía sentido de humor inclinado al sarcasmo. Era serio y hablaba de cosas serias. No parecía disfrutar del humor de vestuario del Director en las arengas, cuando el ambiente parecía rodeado de policías. “Muchachos, el periodista es como esas bombachitas de mujeres. Nadie puede creer que una cosa tan minúscula pueda, al final de cuentas, albergar una cola tan descomunal.”

A pesar de su relativa juventud, Seiferheld estuvo en el cónclave que discurrió sobre el inminente cierre en marzo del 84. Los demás le doblaban en edad, Enrique Bordenave, Jerónimo Angulo Gastón, Angel Arias. De ahí salió el editorial del cierre sobre la vida de las personas y los diarios que pueden ser interrumpidas en cualquier momento. Irónicamente, el diario volvió a la vida en 1989 pero, desde el año anterior, Alfredo había tenido la suya truncada.

Con Lorenzo Livieres Banks estudiábamos el fondo de algunas de las entrevistas de Seiferheld, publicadas en la Revista del diario, y descubrimos una riqueza excepcional, una veta de fuentes primarias de la historia paraguaya que de otro modo se hubiera esfumado. La serie a lo largo de unos tres años se denominó “Como viven hoy” y comenzó haciendo hablar a los héroes de la defensa chaqueña, por entonces en edad reposada y deseos de compartir recuerdos para una juventud que veía la guerra como lejana.

No escapó tampoco la sana maniobra política de presentarse un diario patriótico que genuinamente admiraba a los guerreros en momentos en que La Voz del Coloradismo lo retrataba más bien como traidor y legionario. Era un recurso ubicuo. El Sindicato de Periodistas elevó a los altares “El Paraguay Independiente”, un periódico de propaganda gubernamental, escrito por el propio presidente, como el sumun de la prensa. El PLRA a veces quería aparentar más lopista que el propio Tiranosaurio. Era el lenguaje fascista de Juan E. O’Leary predicando el odio por medio de la caracterización del adversario como enemigo. No éramos tan felices que digamos. El odio no construye.

De repente, nos fuimos quedando sin héroes a entrevistar –algunos pocos se negaron a hablar- y otros lo hicieron a condición de que no se publicaran en vida, para tener más libertad de apegarse a los hechos. Y así fueron apareciendo protagonistas de la escabrosa y enmarañada vida política de la posguerra que relataban hechos sorprendentes. Y ahí la contribución de Seiferheld dejó de ser anecdótica para devenir datos esenciales.

Gracias a él, nos fuimos enterando de acontecimientos deliciosos. El Partido Colorado había sido tan minoritario en las décadas del 40 y 50 que inauguró el sistema de afiliación previa para obtener cargos públicos. Supimos que los grandes competidores del movimiento

sindical oficialista no eran los comunistas –que nunca fueron multitud- sino los más populares anarquistas de la línea Rafael Barrett.

Supimos también que el recambio generacional del Chaco fue aniquilando la ética oficial. En 1931, al enfermarse el hijo del Intendente Bruno Guggiari, debido a la urgencia, quisieron llevarlo al hospital en el auto oficial. A ello se negó terminantemente el Lord Mayor, exigiendo que se llame a un vehículo chapa blanca (taxi). El auto oficial era solamente para actos oficiales. Punto. Seis años más tarde, cae el gobierno del Cnel. Rafael Franco, entre otras cosas, por haberse sumado a la rebelión el Tte. Cnel. Dámaso Sosa Valdez, molesto con el régimen. El origen de su bronca fue la negativa del Ejército de permitir que el auto oficial quedara a cargo de la esposa, mientras Sosa Valdez visitaba el territorio chaqueño.

El mismo Ministro de Hacienda, Eligio Ayala, había encontrado la muerte a consecuencia de ir a encarar un episodio privado de celos, dejando el auto oficial en casa. Como tuvo que recorrer varias cuadras para tomar un taxi al sanatorio una vez herido de bala, es muy posible que un transporte disponible en la cercanía le hubiera salvado la vida.

Supimos también gracias a la grabadora de Alfredo, que a pesar de dictatorial la Constitución del 40, aun así, el Gobierno se empeñaba en violarla sin remilgos. El relato del Doctor Juan Boggino de cómo perdió el Decanato de la Facultad de Medicina casi antes de asumirlo es elocuente. Boggino, miembro del Corporativo Consejo de Estado, y otros exponentes de la sociedad, decidieron pedir por nota la convocatoria de una Asamblea Constituyente para democratizar el país. Asustado ante tan insolente inquietud, el Presidente Morínigo lo envió a la Corte Suprema y ésta “de puro buenitos” (palabras del dictador) la rechazó por “improcedente.” Boggino perdió el decanato y fue confinado a un pueblito perdido en la selva. Los demás fueron apresados, algunos exiliados y todos quedaron sin conchabo público por confesión del ministro del Interior, general Amancio Pampliega, al propio Seiferheld.

Ni Morínigo ni Pampliega habían leído el texto de la Constitución autoritaria del general Estigarribia, que en su artículo 19, rezaba: “Todos los habitantes tienen garantizados los siguientes derechos: .... petitionar a las autoridades.” Peticione, mas fíque preso.

Para el Profesor Livieres Banks y yo, lo más revelador fue lo cercano que estuvimos de que Estroner fuese otro más de los milicos con paso fugaz por la presidencia (Albino Jara, Raimundo Rolón, Rafael Franco). En detallada entrevista a Saturnino Ferreira, agente político de Estroner en 1954, Seiferheld nos revela detalles del eclipse informativo entre el 4 y el 8 de mayo de 1954. Estroner no confiaba en nadie y quería tomar ya la presidencia. La Junta de Gobierno de la ANR quería andar con las mariconadas de ungirlo candidato primero. El Capitán Patricio Colmán llegó a desplegar morteros frente a Mbopí Cuá. Ahí salió el arquitecto Tomás Romero Pereira, presidente de la ANR, y le convenció al reticente golpista “a entrar por la puerta grande.” Tan amplio fue dicho portal que el tipo se quedó por 35 años, luego de guardar unas formalidades en las que nadie creía, pero que en Paraguay funcionan.

Alfredo Seiferheld, que lo cumplas feliz.

Ricardo Caballero Aquino

Julio 25, 2020